

## EL SACRIFICIO DE TÚPAC AMARU POR ATAHUALPA YUPANQUI



Eran las primeras claridades  
pintando fantasmas en los roquedales  
cerca de Cuzco.  
Huyendo de los vientos fríos  
se diluía la madrugada,  
era la hora en que el canto de los  
gallos  
cava la mina del alba.  
Sombra de soldados  
ascendían hacia la meseta  
llevando a José Gabriel  
Condorcanqui  
al jefe de los comuneros de Tinta  
el Túpac Amaru  
el cacique de la comunidad quechua  
corpulento  
de honda voz vigorosa  
el hombre tierra  
que decidía por muchos  
el anhelo de todos  
Libertad.  
Entre las peñas  
ponchos escondidos espiaban los  
movimientos del opresor.  
José Gabriel Condorcanqui  
fue sentado sobre una piedra grande  
junto a un poste donde sería  
ajusticiado  
con el procedimiento de vil garrote.  
Una cuerda sujetaría su cuello  
y el torniquete daría vueltas en  
manos del verdugo.  
Comenzó la ejecución  
pero la cuerda se trizó  
quizás gastada.  
Muchos años después  
el poeta Abreu Gómez  
transcribiría el comentario de  
Túpac Amaru:

«hará falta mucha cuerda para  
ahorcar a todo un pueblo».  
Fue entonces —y ya el sol reinaba  
sobre las cumbres—  
cuando José Gabriel  
fue sujeto con lazos en sus extremi-  
dades a cuatro caballos  
cuyos jinetes, a una orden  
tirarían  
hacia los cuatro puntos cardinales.  
La honda voz del cacique  
no pidió ni clemencia ni favores.  
Sólo crines al viento del Ande  
y un sonido de espuelas prontas a  
herir ijares para cumplir una barbarie  
para despedazar un corazón  
estaqueado.  
Un gran testigo  
un eterno testigo  
el sol.  
Y detrás de las peñas  
un puñado de ojos rasgados  
desesperadamente fijos en el hombre  
querido  
en el amado Tatai de los indios  
comuneros.  
De pronto la orden.  
Sin voz que temblara  
sin dios que la enmudciera  
sin un soplo de alma buena capaz de  
detenerla.  
Y la voz estalló como una campana  
de muertes,  
enemiga del sol y de las piedras  
enemiga del verdor del maíz que se  
mecía en las laderas valle abajo.  
Ni un cóndor en el aire.  
Ni un rastro de vicuña.  
Sólo el viento en el Ande.

Concluido el suplicio  
recogidos los lazos  
ellos fueron descendiendo la meseta  
instantes después  
desaparecían entre los pajonales  
como pumas hartos.  
José Gabriel Condorcanqui quedó ahí  
como un cántaro roto entre las  
piedras.  
Pero el viento  
aprendió a decir su nombre  
y lo repitió en todas las quebradas  
por todo el Tahuantinsuyu  
los cuatro rumbos de la América  
india  
Túpac Amaru  
Túpac Amaru  
Túpac Amaru